

Más ruido que música

Por Lizeth Quiroga

Julio César tenía unos 20 años cuando llegó por primera vez al lugar del que no saldría en toda su vida. Y aunque, de momento, esto suene a una posible condena, déjeme decirle que no es así. Ya con 83 años y una rutina establecida, aquel día recordó la mañana en que le informó a su madre la firme intención de ser padre y tener muchísimos hijos.

Fue una mañana extraña. La señora Gabriela pasó todo el día preocupada por la ambición procreadora de Julio, sin entender que él hablaba de ser cura: un padre, sí, de muchísimos hijos, sí, pero espirituales. Recordó aquella mañana porque había llegado a la Javeriana, ese pedacito de mundo que lo vio ser estudiante, profesor y decano. Allí, sentado en los Cubos, al ver tantos jóvenes —todos distintos, incluso extraños— pensó que su madre tenía razón: ser padre no es fácil.

Todos los martes, el padre Julio César se viste de color café. Le gusta la tendencia monocromática: café de la cabeza a los pies. El martes es el día de conversar con Ricardo, un amable embellecedor de calzado con quien comparte un tintico y algunas palabras. Sin embargo, aquel martes la charla estaba detenida. Julio se encontraba distante, reflexivo.

Pensaba en que la universidad, aunque cambiante, siempre había mantenido una constante: ser un segundo hogar. Él veía en la Javeriana ese hogar de cimientos fuertes donde los hijos y las hijas podían encontrar resguardo. Pero también sabía que hay otra constante que acompaña a la vida misma: no todo es perfecto.

Con el tiempo crecieron los edificios, nacieron nuevas dependencias, se formaron carreras, pero algunas cosas seguían exactamente igual. Escuchaba cómo las quejas de “los hijos” eran las mismas año tras año. Era como si faltaran más oídos. Se había fundado una Vicerrectoría para acompañar el ser javeriano, sin notar que con el paso del tiempo esa decisión fue creando dos repúblicas independientes: academia y medio universitario, como si no fueran parte una de la otra.

Esa mañana lo habían invitado a hablar del medio querido, de cómo llegar a él. Pero todo eso le hacía más ruido que música. Se buscaba un cambio, sí, alcanzar ese medio querido, pero sin tomar el mejor rumbo. Porque nada hacia el futuro puede crecer si se construye manteniéndose en las formas del pasado.

Él había visto pasar tantas generaciones que entendía por qué, tal vez, el medio aún no era el medio querido: porque no aprendía a escuchar a esta nueva generación. Una generación que cree en la transversalidad, no en las jerarquías.

¿Cómo ser un medio querido si no se indaga?

¿Cómo ser un medio querido si, en horarios nocturnos, el medio prácticamente desaparece para los estudiantes?

¿Cómo se toman decisiones acertadas si no se consulta a quienes están directamente implicados?

¿Cómo ser queridos si somos palabra, pero nos falta escucha?

En aquel compartir de pensamientos sobre el medio, entendió por qué los trabajadores se sentían abrazados por la institución, pero atados de manos para ejecutar con fuerza sus labores. Son ellos quienes escuchan directamente a los estudiantes, pero en pirámides inmensas, las puntas no miran hacia abajo. Pensó que quizá las quejas continúan porque brindar servicios de manera eficaz no solo requiere la voluntad y el carisma de los trabajadores, sino también un presupuesto acorde con lo que se pretende entregar.

Tantas cosas por pensar, tantas por solucionar que notó cómo su foco estaba puesto en los peros y dejó a oscuras todo lo demás. Julio César dio un pequeño respiro y miró nuevamente su universidad: los estudiantes, los árboles, los colores... y, de un anhelo de esperanza, surgió un:

—Bueno, no todo puede ser perfecto, ¿cierto, Ricardo?

A lo que el señor Ricardo, siempre sabio, respondió:

—Certo, padre. No todo puede ser perfecto, pero siempre puede mejorar.